

(13)

¡GLORIAS DE ASTURIAS!

CONFERENCIA

DADA EN EL

ATENEEO DE LA CIUDAD DE DON BENITO (BADAJOZ)

POR EL TENIENTE CORONEL DEL ARMA DE INFANTERIA

DON FLORENCIO LEÓN GUTIERREZ,

con motivo

de la Insurrección de Cuba y de la actitud de los Estados-Unidos

á reconocer al Insurrecto Cubano como beligerante.



BADAJOZ:

Imprenta, Litografía y Encuadernación de Uceda Hermanos.

11—Francisco Pizarro—11.

1896

A.1781206709



MIS AMADOS COMPAÑEROS:

HOY que se halla empeñado nuestro prestigio nacional y el honor de nuestras armas en esa cruenta lucha que con un vigor y alientos singulares sostenemos allende los mares, en donde sacrifican gustosos la vida en aras de la patria millares de soldados de todas las regiones de esta España tan hermosa como desventurada; hoy que los arranques de patriotismo nos conducen á los mayores delirios y que nos hacen aparecer capaces de las resoluciones más extremas y de los más grandes heroimos, creyéndonos llamados á reverdecer los laureles de nuestros más ilustres Capitanes y de nuestros más famosos descubridores, justo considero que, en una série de Conferencias, os dé á conocer el carácter de los hijos de cada región de nuestra amada España, ya que en la lucha homérica que en Cuba sostenemos se hallan representadas—y peleando con sin igual bravura—Asturias y las dos Castillas, las Vascongadas y Navarra, Cataluña y Aragón, Andalucía y Extremadura, Valencia y Galicia.

Conozco perfectamente que en esta nación de héroes y de mártires no necesitamos que se nos citen ó recuerden ejemplos de honor, de virtudes y bravura; pero así y todo, llevo á cabo mi deseo de presentar, ó más bien recordaros, sucesos históricos de resonancia suma, por entender que el conocimiento de las empresas hazañosas es de incontrastable utilidad para fortalecer la moral y el espíritu, así como para vigorizar *en nuestras tropas* los grandes ideales que son vida del Estado y esperanza de nuestra época.

Créo al propio tiempo que ningún consuelo mayor puede haber, en las amarguras presentes, que el recuerdo de nuestras pasadas glorias, ni de ninguna otra fuente podrían manar tantas y tan provechosas enseñanzas. ¡Que de tenerlas del todo olvidadas nacen, en mucha parte, los males que padecemos, y de estimarlas y recordarlas un poco más puede venir el remedio!

Y como nada, repito, puede hacernos hoy mejor bien que el recuerdo de aquellos tenaces primitivos combates de los primeros tiempos de la Reconquista, combates en los cuales la pelea cuerpo á cuerpo por riscos y montañas, parece lucha de fieras en los primeros dias del mundo, ceñiré mis recuerdos de hoy á ¡GLORIAS DE ASTURIAS!; de aquella época de las grandes batallas entre la Cruz y la Media luna; de aquella época, en fin, en que tuvo lugar la inmortal obra de nuestros reyes fundadores de las monarquías Cristianas, arrancadas palmo á palmo con la punta de la espada del poder de los árabes.

Mas, no creais voy á daros una Conferencia erudita, ni que voy á registrar ni á regalaros antiguas crónicas, ni á desentrañar tampoco hechos sepultados con los viejos pergaminos que las consignan. Grande empresa, é imposible, sería el proponerme dar cohexión y reunir en un solo cuerpo, depurandolos convenientemente—y esto todo en una Conferencia—los infinitos sucesos que en el largo curso de la historia han ilustrado á ese país, riquísimo—como sabeis—en gloriosas tradiciones.

Entro, pues, con harta desconfianza, en un terreno de que otros podrían sacar tan buen fruto; y hago esta advertencia á fin de que si omito ciertos detalles, ó no doy á ellos el colorido verdadero, culpa será de mi poca costumbre en estas lides, por más que he procurado ceñirme *en un todo*, en este asunto, á datos históricos que garantizan desde luego cuanto he de consignar; mas aún así, considero de verdadero atrevimiento poder creer conseguir establecer con corrección, orden y galanura, sucesos que hacen la apología de un pueblo.

Ya comprendereis que, si los sucesos que tienen lugar en la perla de nuestras Antillas me obligan á recordaros nuestras hazañas portentosas, ciñéndome hoy *tan solo* á aquellas que tuvieron lugar en las célebres montañas de Asturias, ¿qué recuerdos

no pudiera evocar al vernos amenazados de una guerra con los Estados-Unidos, contra ese país de adoradores del becerro de oro y enemigos de todo principio que no sea el egoísmo desenfrenado? ¡Parece un sueño que tanta ingratitude se anide en el corazón de aquellos que debieron sus libertades al calor generosamente prestado por naciones que hoy no les merecen respeto, así como más sueño aún que nos nieguen *hasta una historia gloriosa*, cuando con nuestros desperdicios tendrían para llenar ocho siglos de la suya!

Efectivamente; si arrojamós una mirada á la historia de nuestro país, el corazón se ensancha y nuestra alma se dilata al contemplar tanta grandeza, tanto heroísmo, tanta resignación para los infortunios y tanta modestia en las hechuras de nuestro temerario valor y de nuestra inteligencia.

Todas las regiones ó provincias, registran su historia propia, sin que ninguna se considere obligada á rendir párias á otra; cada una ha modelado sus operaciones y sus actos, ya del corazón, ya de la inteligencia, con arreglo á aquellas climatológicas en que vive, y todas revisten—dadas las condiciones ya expresadas—caracteres que determinan de lo qué es capaz un pueblo que tiene por ideal constante el amor de la pátria.

De las nieblas del pasado vemos surgir la pátria española asentándose en las ciclópeas ruinas de la romana grandeza, que sembró nuestro suelo de monumentos, acueductos, tumbas, caminos y anfiteatros. Si pasando por la cultura visigoda llegamos á la invasión de los árabes—nuestros hermanos—ya he dicho en el preámbulo todo cuanto cabe decir respecto al valor temerario en aquellos combates de los primeros tiempos de la Reconquista.

Si de la raza vascongada nos ocupamos, hay que admirar, en verdad, á aquellos eúskaros, héroes legendarios, personajes casi mitológicos que nos recuerdan al gigante Galo moldeado en hierro por la pluma de Victor-Hugo, al coloso «que franqueaba el Rhin como un arroyuelo», y débil se hallaba tan flaco de fuerzas que «apenas podía desarraigar una encina» para sostener sus trémulos pasos.

En Cataluña, Piferrer, el romántico poeta, traza con pluma,

unas veces enérgica, otras tierna y delicada, la formación del Condado de Barcelona y las guerreras aventuras de aquellos Condes que escribieron con sangre la leyenda de su escudo.

En Aragón y Navarra, brillante legión de héroes desfila; y como nos dicen los célebres autores de la obra monumental titulada *España: Sus monumentos y artes: Su naturaleza é historia*, «héroes anónimos, guerreros de la fé, en diaria pelea con sus enemigos y también ¡ay! con sus amigos y hermanos. Asistiendo al nacimiento de los dos reinos, vemos cómo se forman, crecen y edifican sobre el suelo ensangrentado de las batallas, y cómo aquellos reyes que, á semejanza del águila, fundaron su trono en el pico de agreste roca, levantan ciudades, coronan sus tierras de castillos y torres, habitan palacios y cambian el tosco ejército de pastores y aventureros por nubes de soldados de armadura resplandeciente.»

De igual suerte la Andalucía, en lucha abierta con los árabes —que caen sobre España como leones sobre la encendida arena del desierto— hacen conocer que esos hijos, nacidos en las risueñas y apenas onduladas orillas del Guadalquivir, son fanáticos por la pátria y que prefieren fenecer antes de que les arrebaten su libertad y de que arrojen á una sima la hermosa enseña de la Cruz.

Pero donde verdaderamente se consagró por sus habitantes una existencia batalladora en aras de su libertad é independencia fué en Asturias, dejándonos recuerdos de tanta resonancia que han llegado á constituir un legado de gloria para la nación entera.

A los Astures, pues, ó más bien «á la Cantabria toda» dedico hoy esta Conferencia; que son muy dignos, efectivamente, aquellos habitantes, de que todos los que vivimos consagrados á la defensa de la pátria estudiemos aquel batallar constante, imitemos su proceder y cantemos sus glorias inmortales.

Comienzo, pues:

¡POR ASTURIAS!

Un pueblo que ama su independencia y su libertad, y que se distingue en la historia por estas dos generosas aspiraciones que llegan á formar su caracter distintivo, tiene que ser un pueblo de grandes y provechosas virtudes.

Es axiomático: «Los pueblos no tienen honor cuando no lo sacrifican todo á su independencia; no tienen dignidad, cuando—si han perdido su libertad—no aspiran á recuperarla.»

¡Nada, sí, más pobre, triste y denigrante que admitir ciertas servidumbres!

Si se registra la historia, no se encontrará uno solo de esos pueblos que se habituaron á ciertas cadenas, en donde no se hayan relajado los vínculos morales, en donde una corrupción sin medida no haya gangrenado el cuerpo social.

Díganlo en la antigüedad Esparta y Persia: ¡Todas las virtudes se personifican en Esparta, el gran pueblo que tan severo y entusiasta culto rendía á estos sagrados objetos de libertad é independencia; al mismo tiempo que la Persia representaba los vicios y la degradación!

Es indudable; el primer timbre de todo pueblo es haber conservado su existencia propia; ¡que siempre valdrá más la espada mugrienta y rota que representa el arma de combate del oprimido contra el opresor, que el monumento artístico de un pueblo que marque tan solo las glorias de un tirano!

Y es que los pueblos no existen cuando viven á merced del primero que les impone su yugo; y para manifestarse en la vida artística y científica necesitan, ante todo existir.

Bajo este punto de vista, Asturias toda, más propiamente ha-

blando, la Cantabria toda, en el certámen que celebrasen los pueblos europeos para exponer sus méritos al reconocimiento de los siglos, podría presentarse segura de disputar el premio *hasta á la Suiza misma*, ese país hermano suyo por la naturaleza y por el clima, por las costumbres y las tradiciones.

Remontaos, sinó, más allá de su historia, y la tradición—cuando el pergamino no se había prestado á mencionar sus hechos— os señalará vagamente un pueblo primitivo, tan dócil al trabajo como fiero á la servidumbre. Podemos, desde luego afirmar que el Cántabro de los primeros siglos ofrece ya el tipo característico de lo que ha sido después.

No le hay más amante de sus montañas, ni más sóbrio, dulce y resignado; y solo cuando una mano hostil viene á provocarle, es cuando abandona la guarida en que levanta su cabaña y los ganados que apacienta.

Una vez provocado, la reflexión cede su puesto al indomable valor de la raza, y entonces... sin otra arma que el leño que desgaja de la encina ó del roble, vierte el pavor entre sus enemigos, los desaloja de sus posiciones, y cuando los ha hecho descender al llano ó correr á través de las gargantas de sus montes, vuelve tranquilo á subir sus empinadas crestas para acomodarse en su cabaña nuevamente.

Aquella soledad agreste fortifica su espíritu, así como su patria la representa en todos los objetos exteriores en medio de los cuales vive.

Disputadle la soberanía de sus montañas, y el cántabro creería que atacais algo de su propia existencia.

Podemos asegurar, en fin, que los habitantes de aquellas montañas aman á su país con el amor que el adolescente consagra al objeto de su corazón.

Y como prueba incontestable de que mi afirmación última es exactísima, se haya comprobada diciéndoos, que no parte de sus laderas sin que una lágrima rueda por sus mejillas, sin que su alma se sienta apoderada de una intensísima tristeza. A la manera que grabamos en la imaginación las facciones de la mujer querida, el montañés graba en su mente el más vago de los contornos de la cordillera que cruza sus valles. Solamente *él* muere melan-

cólicamente sin otra enfermedad que su honda tristeza, cuando en país lejano no le alumbra el sol que veía lucir todas las mañanas por detrás de la cortina inmensa de árboles que coronan la cresta de sus queridos montes.

Decidme, ¿hay algo más tierno, poético y conmovedor que esas dolencias del alma originadas por el amor más puro, desinteresado é inmaterial? No existe en verdad; y ésta es, sin exageración alguna, la clase de sentimiento que se apodera del noble astur en los momentos y circunstancias enunciadas.

Aunque muy ligeramente, como veis, ya os he dado á conocer las condiciones, caracter, modo de ser y manera de sentir de ese cántabro que, por sus costumbres siempre patriarcales, y por su entrañable amor al suelo en que nació, se ha personificado en la historia de tal suerte, que admira y estimula.

Debo, pues, presentároslo bajo su aspecto totalmente guerrero, á que comprendais por ello que su fama histórica ha sido justamente adquirida, así como que se hallan también plenamente justificados sus elogios.

Para ello, os haré breve resúmen histórico.

Todos sabemos, señores, que, en tanto que el Cartaginés triunfaba por la astucia, principalmente en nuestras provincias meridionales, los Cántabros vivían independientes. Verdad es que, lo agreste de su terreno, así como los borrascosos mares de la Cantabria eran un antemural poderoso para que las naves de aquellos tiempos arribasen á sus costas; razón por la que la dominación cartaginesa no llegó á sentirse entre aquella sociedad de Nemrods, ni tampoco entre las pobres barracas extendidas en el extenso litoral de expresadas costas.

Aquellos Cartagineses, aquellos inícuos mercaderes que habían invadido la Bética, no tardaron en ser expulsados por sus eternos enemigos *los dominadores del mundo*.

Sí: el soldado romano puso el pié en nuestra pátria, y en tanto que las legiones de César se abrían paso por medio del hierro y del fuego á través de la bellísima península Ibérica, el astur, ageno á aquel torrente de guerreros que habían domado á Cartago y extendido los confines de su imperio desde las Islas británicas hasta el Tígris, desde el Danubio hasta el Atlas..., cazaba en sus

bosques el jabalí y el oso, y continuaba su vida de persecución hacia el rohezo ó el ciervo haciéndoles caer heridos en su vertiginosa carrera por su certero venablo, sin ocuparse para nada de la lucha que se libraba en sus confines.

Cuantos detalles os doy, los creo indispensables en las circunstancias actuales de España, tanto para que conozcais—por lo ya expuesto, y por lo que me resta relataros—de lo que fueron capaces aquellos restauradores de la monarquía cristiana en aquellas rocas de cuyas concavidades salió el primer dardo que hirió de cuidado á los soberbios vencedores del Guadalete, cuanto para que ciertos detalles sirvan de estímulo en la ocasión presente.

Continúo, pues.

Un dia el Astur percibió, con su mirada de águila, resplandecer á lo lejos un objeto semejante á la superficie de un lago herido por los oblicuos rayos del sol.

Aquel fenómeno llamó poderosamente su atención y avivó su curiosidad.

Desde las puertas de sus respectivas cabañas, y rodeados de sus familias que seguían con la vista la dirección de las miradas del jefe de cada una de ellas, los montañeses esperaron, entre tranquilos y recelosos, ver aclarado aquel misterio.

Los resplandores herían con más fulgor, á cada momento, la pupila de los observadores.

El inmenso disco que miraban avanzaba como un globo luminoso, y bien pronto pudieron apreciar lo que aquello significaba.

Efectivamente; cuando pudieron separar sus ojos de aquellos focos de luz que los tenían completamente trastornados, se fijaron en los hombres que los llevaban sobre su cabeza y sobre su pecho, y entonces vieron también que aquellos hombres portaban armas, que aquellos hombres parecían venir en son de guerra.

Y ante la idea de que fueran enemigos, ni el casco ni la armadura—en que tan brillantemente se reflejaba el sol—pudieron retenerlos en una pueril curiosidad.

Su idea salió cierta: que bien pronto el clarín de guerra enemigo, atronando las concavidades de las montañas, se perdía á lo largo de sus gargantas; ¡pero bien en breve también respondió

el *tosco cuerno* con que los montañeses se citaban en los bosques!

Subidos en seguida en las copas de las *hayas*—para que su voz pudiese tener la dilatación posible—hacían salir de sus labios un grito agudo, penetrante, el grito de alarma..., como si los lobos invadieran la comarca enfurecidos por el hambre.

Y ese grito resonó de cabaña en cabaña; y un momento después los Cántabros descendían á interponerse al paso del invasor pidiéndole *una tumba ó su independencia*.

Aquellos valles resonaron con el fragor del combate.

Los disciplinados ejércitos de la soberbia Roma, á duras penas podían resistir al ímpetu de los valientes que descendían de los montes.

Acostumbrados á humillar y *vencer* en una batalla á pueblos enteros, las legiones de César peleaban enfurecidas contra un puñado de astures que le disputaban el paso diseminados *tácticamente* por los flancos de la angosta vereda por donde caminaban los conquistadores.

La admiración y la rabia de los soldados del Imperio crecía á medida que veían de cerca á sus enemigos, cuyos robustos cuerpos apenas cubrían las pieles, en tanto que ellos iban preservados por sus anchas corazas y bruñidos cascos.

.....

¡La primera batalla fué espantosa!

¡Un número increíble de cadáveres tapizó el verde musgo de las laderas, y... algunos días después, el graznido del cuervo anunciaba al montañés el sitio en donde yacían las víctimas de su heroicidad!

Desde este día de fatal, pero gloriosa recordación, un estremecimiento magnético puso en conmoción á todos los habitantes de las montañas circunvecinas; y los cultivadores de los valles marchaban—en el silencio de la noche—á reunirse con sus compatriotas, después de haber aplicado la tea incendiaria á sus mieses y á su rústica vivienda, cual en Sagunto y Numancia, y cual en nuestros días lo verificó la Rusia al ser invadida por las tropas del coloso del siglo, para que, cómo después, el enemigo común no hallase á su paso sino ruinas y desolación.

El peligro común reunió también aquellos miembros de una misma familia dispersos por los cerros, los valles y las breñas, y formaron diferentes grupos para asaltar *aquí* y *allá* al enemigo, persiguiéndole eternamente.

El soldado romano se vió, pues, colocado enfrente de unos hombres que no tenían semejanza, en la manera de combatir, con ninguno de los hombres con quienes—hasta entonces—había medido sus armas.

Sí: ¡que á semejanza de la roca que se desprende de lo alto de la montaña y que rompe y destroza cuantos obstáculos se oponen á su paso, los astures caían de improviso sobre las huestes conquistadoras; y cuando éstas, apenas repuestas de lo imprevisto del ataque, querían defenderse y atacar, no encontraban enemigos, respondiendo solo á sus gritos de rabia *el canto de victoria* entonano por los agresores desde los vericuetos á donde habían subido—después de atacar—con la agilidad de la cabra montés!

¡Orgullo dá decirlo, sí! los mejores capitanes de la altiva Roma fueron vencidos por aquellas hordas de montañeses á quienes el hábito de combatir hacía cada día más audaces, ya que no más fuertes, y como á la ciudad de los Césares le parecía una humillación la tardanza en la conquista de un rincón de terreno (cuando sus legiones paseaban triunfantes sus armas por todo el mundo), nuevos escuadrones—á la noticia de los primeros desastres—franquearon aquella cordillera de montañas, y la terrible lucha empezó de nuevo; pero ni el número infinito de los enemigos, ni su renombre de valientes, hizo que desmayaran los astures. No; esto último era imposible, pues en aquellos hombres el *sentimiento de la independencia embotaba todos los demás sentimientos!*

Aquellos romanos afirmaban constantemente «*que las montañas de Asturias eran una madriguera de fieras*», dando así á entender el desesperado arrojo de sus habitantes.

¡Cuántos ejemplos de virtudes cívicas—tan necesarios hoy imitar—fueron presenciados por los guerreros de la altiva Roma! ¡Aquel cántabro que pasaba por la desgracia de caer prisionero, no tan solo no pedía gracia, sino que él mismo se inmolaba

por su propia mano, antes que agradecer la vida á un extranjero á quien aborrecía con todo el calor de su alma!

¿Qué les importaba á los cántabros esa lucha eterna que costó dos siglos á los romanos para llegar á colonizar los llanos, si para quedar impresa allí su huella fué tan solo dejando sus huesos insepultos en los valles, ó con una tosca inscripción sepulcral entre las rocas?

Ahora bién; como en nada se vé tan perfectamente el dedo de Dios cual á través de las páginas de la historia, las grandes iniquidades de Roma recibieron al fin su castigo. Los Bárbaros fueron á todas partes á donde las legiones romanas habían llevado sus armas victoriosas; los vándalos y los godos llegaron, sí, arrasándolo todo, hasta el centro de Asturias.

Los romanos, pues, fueron vencidos y humillados; mas como esta irrupción no tenía por objeto la conquista, sino la destrucción, los cántabros casi puede decirse que no tuvieron otra noticia del paso de tales guerreros más que por las poblaciones incendiadas, cuyas llamas las descubrían desde sus cabañas, ó por el estruendo de las armas, en combate á muerte con el romano, que llegaba hasta ellos, perdiéndose en la selva. ¿Qué mano los vengaba de la profanación de sus invasores? Hé, aquí, lo que siempre fué un misterio para ellos; pues como los cántabros fueron—en estas luchas—mudos espectadores, parecieron completamente un sueño todo aquello que, velozmente, cruzó ante su mente más que ante su vista, y que cual el relámpago desapareció, pues bien sabido se es que los Bárbaros no fijaban sus tiendas, como los romanos, para levantar colonias y establecerse, por lo tanto, en el lugar de la victoria; demolían, y triunfaban, y pasaban como un torbellino sobre los escombros y sobre los cadáveres de sus enemigos. El grito de guerra que daban se perdía, de esta suerte, como el alerta de una cadena de centinelas colocados de colina en colina. Y los guerreros de Roma que en aquella lucha cruenta no caían heridos por la flecha de los escandinavos, por su hacha, ó por su pesada maza, corrían en tropel con sus mujeres é hijos buscando un refugio á tanta desventura.

¡Entonces se reprodujeron escenas de una ternura imponde-

rable, y que me obligan á tratar de daros á conocer al astur bajo los aspectos de amor y caridad!

El montañés que dormía en su lecho de pieles durante esta lucha gigantesca y vertiginosa, solía percibir tristísimos quejidos á la puerta de su cabaña. Hospitalario é hidalgo, no tardaba en ponerse en pié para franquear la puerta de su rústica morada.

A favor de la retama seca, á que prendía fuego en el hogar, descubría el rostro flaco y demacrado, así como las destrozadas vestiduras de un hombre que temblaba de piés á cabeza, como lo verifica el reo en presencia de su juez.

«Era un soldado romano extraviado en el monte.»

Y el montañés, el astur... sin recordar acaso que su mujer, que su hijo, que su padre habría expirado *quizá* en el tormento á que le había condenado el invasor, secaba el frío sudor del enemigo que llamaba á su puerta, cubría sus miembros con sus mejores pieles y le preparaba también su mejor alimento.

Así se vengaban aquellos hombres, tan terribles en el momento de la lucha, pero tan compasivos y afables el día en que sus adversarios se vieron vencidos y humillados por otros extranjeros.

Una vez pasada esta borrasca, que dejó á su paso huellas tristes, y de no momentánea reparación, dejaron de inspirar recelos á los astures la poca población romana que quedó después de aquella catástrofe, y entonces empezaron los del país á poblar los llanos y á dedicarse con verdadera asiduidad, al cultivo y á ganadería, perfeccionados estos dos ramos de riqueza con los adelantos de sus invasores.

La tregua histórica de la dominación goda, que como os acabo de decir, no llegaron á sentir, fué para ellos—hasta la irrupción de los sarracenos—de paz y de progreso.

Hé aquí, pues, la nueva invasión que vino á inmortalizarlos en la historia y ceñir á sus sienes el mayor lauro que haya conquistado pueblo alguno.

Todos sabemos que, una vez abiertas las puertas del Estrecho por un traidor insigne, la morisca se desparramó por la Península, como antes se habían desparramado los godos y los vándalos.

Nadie ignora cómo cayó el trono á orillas del Guadalete, y por

lo tanto no me extenderé sobre este extremo. Sin embargo, bueno es recordaros que aquella derrota—que abrió las puertas á numerosas huestes sarracenas, y por ende á la dominación de los sectarios del Islám—obligó á multitud de cristianos á retirarse en tropel á las regiones septentrionales de la Península y buscar en aquellas ásperas montañas, y entre los riscos monumentales que las forman, un seguro asilo que les libertara del yugo y de las violencias de los invasores.

Pero si bién todo el Norte, la Septimania, los Pirineos, la Cantabria, Galicia y Asturias sirvieron de refugio á los fugitivos cristianos, el núcleo principal de los mismos, la porción más numerosa é importante buscó su salvación en las montuosas y hospitalarias comarcas asturianas.

Aquí, entre las empinadas rocas, los profundos valles y los desfiladeros y bosques espesísimos, el resto del pueblo visigodo en íntima unión con los naturales de las montañas, se preparan y deciden á llevar á cabo un hecho grandioso, importantísimo, trascendental; á poner en práctica un pensamiento noble; á dar realidad y vida á una idea salvadora á la par que sublime: «la Reconquista y la fundación de la monarquía española.»

Pero para empresa tan grande, para tan patriótico pensamiento precisaba luchar, y luchar mucho, sin descanso, sin debilidades, sin desfallecimientos; estar resueltos todos á morir al grito santo de ¡Religión y Pátria! entre auroras de gloria y vítores de triunfo, y ser dirigidos por un varón virtuoso y esforzado, capaz de enderezar á su justo y noble fin todos estos esfuerzos y sacrificios. Era indispensable que el elegido reuniese á sus dotes de guerrero, otras no menos importantes de virtud, nobleza y ascendiente entre las masas.

¡Entonces apareció Pelayo!

¡Pelayo! ¡El hombre de guerra! ¡El adalid ilustrado! ¡El faro de aquellas montañas! Y una vez elegido, exhortó á todos á defender la independencia amenazada; y aquellos astures, siempre orgullosos de haberlo sacrificado todo á tan elevado y patriótico sentimiento, siguiéronle de breña en breña buscando en los cerros más elevados una verdadera fortaleza que, por su naturaleza propia, sirviera á los fines de heroica defensa.

Allí apareció, en la montaña, esa gruta inespugnable que, abierta en la roca y de dilatación sin fin, cobijó á todos cuantos se alistaron á las banderas de aquel caudillo insigne, siendo memorable, desde aquella fecha, aquella Cueva-longa, hoy Covadonga.

Instalados definitivamente en aquel baluarte que la naturaleza les había deparado para dar comienzo á la gigantesca obra de la emancipación, todos los días fueron llegando á la gruta nuevos montañeses, ufanos de pelear y morir por la causa santa de la pátria.

¡Pelayo y Covadonga! fué la consigna que, desde aquel día (11 de Marzo de 714), corría de montaña á montaña. Desde entonces las gargantas que conducen á Covadonga resonaron con los gritos de guerra que se escapaban de aquellos pechos esforzados.

No tardó mucho en que, Abdelacir, el valiente hijo de Muza—que había subyugado la Lusitania y la Cartaginense entregando al hierro y al fuego las ciudades del Norte—se colocara enfrente de Pelayo: sí; fué aquél á provocar, con su ejército victorioso, las huestes del—por entonces—único campeón de la independencia. ¡Que Abdelacir ardía en deseos de acabar con aquel puñado de bravos que orgullosos tremolaban el estandarte de la Cruz y que invocaban sin cesar el nombre de la pátria!

Desde que el ejército musulmán se puso en marcha (no respetando desde entonces *nada*), numerosos grupos de montañeses llegaban, á cada momento, á engrosar las filas mandadas por el caudillo godo. Estos grupos se componían de hombres tanto más decididos, cuanto que todos tenían alguna injuria que vengar.

Allí iba el marido ultrajado, el amante herido por la torpeza del africano en sus más caras ilusiones; el sacerdote que había visto profanada el ara santa del Altar; y... hasta alguna mujer, olvidando su rueca, pedía plaza entre los guerreros para pelear al lado de su hijo, ó de su esposo, contra los enemigos de su Dios y de su pátria, ¡esas dos creencias! ¡esos dos sentimientos tan profundos y arraigados en el corazón de la mujer, que hasta parecen trastornar en ellas las leyes de la organización!

No se hace necesario enumerar los mil combates que sostuvieron los montañeses con aquellas hordas salvajes; pero sí os diré, que juramentados los astures para llevar á cabo rasgos de heroísmo—que rayar debían en lo inverosímil—los ponían en práctica momentos después de recibir las últimas instrucciones, (que eran verdaderos perfiles de sábias combinaciones), siendo una de aquéllas «el penetrar algunos valientes en el campamento de los árabes, en noche cerrada, burlando la vigilancia de los centinelas, para sembrar *en aquel campamento* el exterminio y la muerte entre aquellos infieles que se entregaban confiadamente al reposo.»

Y una vez practicadas estas operaciones cruentas, que marcaban el testimonio de fidelidad y de valor heroico jurados á Pelayo, estos mismos guerreros que habían llevado á cabo tan enorme hazaña llegaban, por diversas veredas, al pié de la Cueva-longa á rendir conocimiento de sus hechos. Sus dagas todavía goteaban sangre, y sus mazas—que presentaban á Pelayo—también parecían llevar en sus bordes los cabellos que se les habían adherido al magullar los cráneos de los soldados de Abdelacir.

Aquellos guerreros, aquellos montañeses tan valientes, tenían al propio tiempo en su corazón un altar para su Dios y la Reina de los cielos. Sí; que cuando aquellos héroes llegaban dentro de la Cueva-longa, jadeantes aún de la enormidad de la lucha que acababan de sostener, caían de rodillas enfrente de una tosca imágen de la Vírgen colocada en uno de los huecos de la roca, y... una oración pronunciada por aquellos rudos labios resonaba en las cavidades de la gruta.

¡Aquella oración era... un himno á la independencia!

.....
¿Cómo pudieron ser batidos por Pelayo estos agarenos que por doquier que pasaron, sembraron la carnicería y el espanto?

¿Cómo? Llamándolos á combatir por estrechos senderos encerrados entre los flancos de dos montañas, y, á una señal convenida, las eminencias de estos montes se poblaban de cántabros, los cuales empujaban los fragmentos de las rocas, que descendían, arrollándolo todo, sobre los árabes, como verdadera lluvia

de piedras, y más que víctimas de una batalla se creían víctimas de un cataclismo.

Para pelear en esa forma (única del vencimiento), y teniendo *siempre* por refugio aquella Cueva-longa, tuvieron, ó creyeron tener para ello (como hombres de gran fé), la inspiración divina. La fé dió, efectivamente, proporciones de un milagro á este hecho; pues si, como afirman las crónicas, las tempestades de la atmósfera vinieron á mezclar sus fragores al del combate rompiendo en cataratas que hicieron salir de sus lechos á los arroyos y á los rios, se comprende que la piedad religiosa de aquellos sencillos tiempos atribuyera á origen divino la intervención de causas que aumentaron las pérdidas y destrozo del contrario.

Así que la noche venía á calmar el furor de los combatientes, un sólo gemido resonaba del uno al otro extremo de los montes. ¡Eran los miles de cadáveres que expiraban medio enterrados entre los escombros que los cántabros habían empujado sobre ellos!

El ascendiente moral de aquellos triunfos hizo salir á los montañeses al llano para la pelea, arrojando así á la infame morisma hasta los últimos límites de Cánicas.

Y los asturianos, prendados en absoluto del arrojo de su caudillo, colocaron sobre las sienes de aquel Pelayo invicto una corona de rey, ungiendo de esta suerte al primer soberano que debían acatar.

.....

 Viene después la época feudal, esa época triste en que el feudalismo había ido poco á poco degenerando hasta convertirse en un irritante poder del *señor* contra el *siervo*. Como era natural, los astures, siguiendo la corriente de sus costumbres, y dadas las condiciones de su carácter é independendencia, no vacilaron en ponerse al lado del monarca que abatir quería la soberbia arrogancia de los señores feudales. Y un elocuente documento histórico ha trasmitido á la posteridad los nombres de los caballeros asturianos que, de todos los ámbitos de la provincia, acudieron al Convento de la Vega á jurar lealtad al soberano de Castilla.

.....

Después vino el absolutismo, y... en esa época vibró (cual no podía menos de suceder) la cuerda de libertad, á no desmentir que las aspiraciones de ese pueblo giraron perpétuamente en la órbita de libertad é independencia.

Dejemos estos dos períodos que, como habeis visto, he pasado por ellos como sobre áscuas, y pasemos á examinar aquel país en otra de sus evoluciones que corresponde á nuestros días, cerrando *con ella* el cuadro que estoy bosquejando tan imperfectamente.

El epílogo será por lo ménos, digno de las primeras páginas que nos legaron aquellos cántabros no domados por las armas de la soberbia Roma.

El gran tirano de la Europa (Napoleón I) había posado su planta en nuestro territorio; pero antes de saberse que los mártires del Dos de Mayo hubiesen lanzado el grito de independencia, los asturianos se habían acordado de que descendían de una raza de héroes, y protestaban tumultuosamente en la Plaza de Oviedo contra la perfidia de los invasores, apareciendo momentos después—por todas las esquinas—la versificación siguiente:

«Siempre obediente á la ley
Que le dictó el Soberano,
Exclama el pueblo asturiano:
¡Muera el traidor! ¡Viva el Rey!»



¡Desde aquel día, el espíritu de rebelión cundió por toda la provincia!

¡Los gloriosos días de Pelayo parecían reproducirse!

¡Nunca pueblo alguno dió un espectáculo más edificante de amor á la independencia!

¡Nadie rehusaba empuñar un arma en defensa de la pátria!

¡Nadie medía ni las huestes ni el poderío del gigante que se proponían combatir! De lo alto de las montañas, de los valles, de todo el confín acudian los campesinos, armados con hoces y con palos, á ponerse á disposición del primero que quisiera conducirlos al combate.

Y como las glorias de un pueblo descansan ó se apoyan en

los nombres de los que supieron asumir para sí las responsabilidades de circunstancias excepcionales, justo es os recuerde que al frente de ese pueblo tan amante, tan apasionado de sus tradiciones, se pusieron «en aquellos aciagos días» el marqués de Santa Cruz de Marcenado, el eminente abogado don Manuel Miranda, y el canónigo ilustrado D. Ramón de Llano Ponte que en su juventud había sido militar y conservaba ardores bélicos. Aquel marqués de Santa Cruz de Marcenado que dijo al pueblo *«que protestaba solemnemente de pacto ni componenda alguna, y que en cualquiera punto donde se levantase un hombre contra Napoleón, tomaría un fusil y se pondría al lado de aquél»*. ¡Palabras dignas y propias del nieto de aquel célebre marqués del mismo nombre cuya fama como tratadista militar será impercedera, y que supo alcanzar el laurel del guerrero muriendo á principios del pasado siglo frente á los muros de Orán!

Y como no quiero que pasen desapercibidos los rasgos de algunos hombres muy eminentes de aquellos tiempos y de aquel país, os diré que, en medio de aquel santo entusiasmo, tres jóvenes—no menos ilustres por su patriotismo que por su talento—abandonaban el amenazado rincón donde habían nacido para dirigirse á la costa. Embarcáronse allí en un desmantelado bajel, que á duras penas arribó á las playas inglesas, llegando después á Lóndres acompañados de un señor Oficial de aquella Marina, y, acto seguido, manifiestan al Ministro de Negocios Extranjeros, con una energía singular, *«que Asturias ha declarado la guerra á Napoleón.»*

Dicho Ministro inglés al querer cerciorarse, por el mapa, de la importancia de este hecho, acaso al ver el espacio limitadísimo de esta provincia, hubiera soltado una carcajada á no comprender que el fuego de la independencia cunde instantáneamente en los pueblos que la ven amenazada. Toda la prensa de Lóndres colmó de aplausos la resolución de los asturianos y de atención particular á estos Diputados, así como le ofrecieron su ayuda en su noble empresa.

¡Que los ingleses veían en aquellos tres jóvenes á los representantes de la España romancesca, de la pátria de los héroes y los paladines siempre indomable é independiente, y nunca falta de

fuerzas para asombrar al orbe entero! ¡Verdad es que jamás hubo cosa tan valiente, tan generosa y tan noble como la conducta de los asturianos!

La Cámara inglesa —entera— se hizo solidaria de los ofrecimientos del Ministro, y el pueblo inglés experimentó tal entusiasmo por la conducta de los asturianos que presentándose estos tres Diputados en el Teatro de la Opera, fué causa suficiente de que se suspendiese la representación en el mismo instante de penetrar aquéllos en citado local, en el que fueron aclamados calurosamente.

Y justo considero recordaros quienes fueron estos tres diputados que, para gloria de su país —y orgullo de su región— no vacilaron en cruzar los mares, entregándose á merced de las embravecidas olas en débil esquife, henchido el corazón de lisonjeras esperanzas.

Fuéronlo, como sabeis, D. Agustín Argüelles á quienes sus coetáneos llamaron *el Divino*, en unión del vizconde de Mata-Rosa —después Conde de Toreno— sublime cual ninguno en la oratoria y amante de la libertad como pocos, así como el eminente liberal y distinguido hombre público D. Andrés Angel de la Vega.

La elocuencia arrebatadora del vizconde de *Mata-Rosa*, y los anhelos de estos tres hermosos campeones de la libertad á que se resolviera pronto el apoyo que ansiaban de Inglaterra para resistir y vencer á los ejércitos invasores de Napoleón, obtuvieron el resultado apetecido, haciéndose estos jóvenes por su conducta beneméritos á la pátria.

Si os fuera á relatar uno por uno los rasgos ó hechuras que caracterizaron —hasta rayar en lo sublime— al eminente liberal, al singular Argüelles, que es orgullo de esta nación y de la región asturiana y cual lo son también el Conde de Toreno y don Andrés Angel de la Vega, se haría interminable esta conferencia al querer reseñar los méritos de éstos y de otros infinitos varones ilustres que gozaron de la dicha de nacer en aquellas montañas; pero sí creo deber reseñar algún tanto los rasgos que caracterizaron al Divino Argüelles, á que con estos recuerdos rindamos de nuevo un tributo de admiración al que supo con su conducta y

constancia, darnos un grande ejemplo de serenidad y firmeza en los peligros, de resignación y virtud en las adversidades. Para la verdadera adoración que por Argüelles se sentía, no era suficiente que arrobara con su palabra; que no bastaba ser tan solo orador para que su nombre penetrara hasta las últimas clases de la sociedad y que su memoria fuera de todos bendecida y respetada.

Para lograr tanto, es preciso ser como fué Argüelles.

Es preciso consagrar su vida entera á la defensa de una causa justa; es preciso luchar un día y otro día contra la opresión, las preocupaciones, los abusos del poder, los errores, la hipocresía y contra todos los obstáculos que el interés, el egoismo y la arbitrariedad oponen al hombre enérgico y perseverante que pide justicia y libertad para todos. Es preciso arrostrar con serenidad las iras de los más altos poderes y decir toda la verdad, por amarga que sea, sin otra voz que la de la conciencia, sin tener otras acusaciones que la del pueblo cuya causa defiende, pero sin halagar sus sentimientos, *si no son justos*, por no perder una popularidad que no es sólida si no es legítima.

Es preciso que los hechos estén en perfecta consonancia con las palabras, mostrándose en todas ocasiones, y lo mismo en público que en privado, justo, circunspecto, honrado y digno de sus obras.

Es preciso ser puro y delicado hasta la exageración, modesto y sencillo en sus gustos y costumbres, enemigo del fausto con que quieren encubrir su pobreza de espíritu las almas vulgares, llano sin dejar de ser respetuoso, humilde con los inferiores, digno con los magnates, afable y benigno con todos. Es preciso no cambiar de opinión según cambia la fortuna, dando así á todos ejemplo de inquebrantable constancia y mostrando en sus principios tanta más fé cuanto más lejos estén de la victoria.

Es preciso, en fin, que ni por alhagos, ni por amenazas, ni por ningún otro motivo de esos que tan poderosos son para las almas vulgares, haga ni diga nada que no sea conforme á sus doctrinas y sentimientos.

«Pues esto fué, esto hizo Argüelles.»

Este es el retrato, aunque mal bosquejado como veis, de aque-

lla vida consagrada al estudio, á la pátria, á la justicia, á la libertad y á la virtud.

Y porque vivió así, porque fué el campeón constante de una causa santísima, porque fué el defensor tenaz de los derechos populares, porque no reparó en concitar contra sí las iras de las clases privilegiadas ni el enojo de la Córte, y sufrió dignamente las persecuciones que su patriotismo le acarreó, y ni se engrió en la prosperidad ni se abatió en la desgracia y dió en todas ocasiones ejemplos de constancia, de pureza y de virtud, el pueblo español bendice su memoria y repite su nombre con orgullo; y al resplandor de su gloria y al ejemplo de sus virtudes se siente más vigoroso, más digno y más capaz de seguir la senda trazada por aquel patricio esclarecido. De todos es sabido, por último, que llegó al más alto grado de honradez y de pureza, pues que habiendo desempeñado cargos de grande representación y consideración (entre ellos ser tutor de la Reina Isabel y de la Infanta doña María Luisa Fernanda), sorprendióle la muerte, pobre como siempre había vivido. Por eso, en el monumento sepulcral en que descansan los restos del Divino Argüelles, allí vela su sueño la representación escultórica de *La Pureza*, —en que inspiró los actos todos de su vida,— y la de *La Libertad*, que fué como de todo astúr, guia y norte de sus pensamientos.

Dispensadme que tanto me haya extendido al ocuparme de tan noble astúr, pero precisan —muy mucho— en estos tiempos, ciertos recuerdos. Continuando ó reanudando los hechos culminantes que son objeto de esta conferencia, os diré, que para comprender, en fin, cómo se condujo Astúrias en la guerra Santa de la Independencia, basta ver que en los demás pueblos de España donde no existen las guerreras tradiciones que en aquel pueblo, se lidió esforzadamente, sin tregua ni descanso.

¡Nadie contó el número de los que sucumbían!

¡A ninguno le pareció pesada la espada de la libertad!

Las hazañas del *Marquesito* y las de la partida de *Tombella*, en Astúrias, me fueron referidas por el que me dió el ser (venerable testigo en acción de aquella lucha formidable y sin ejemplo en la historia) y á cuyo amante padre debo infinitos detalles que figuran en esta descripción de «¡Glorias de Asturias!»

Mas... ¿cómo olvidar ciertos relatos si además de que se hace imposible cuando se tiene un espíritu guerrero y batallador, les han dado fuerza y calor los estudios analíticos que de ellos me propuse hacer?

Para terminar la conferencia, os diré:

—Todavía, si asistís á las faenas de los labradores en Asturias, podeis escuchar del uno al otro extremo de la provincia esta copla tosca, sí, pero significativa, cantada con esa música y melancolía del país. Dice así:

—«Cuando el General Bonnet
Puso su planta en Asturias,
Como era tuerto de un ojo
No se fijó en las alturas.»

Tras este período glorioso, aparece una época triste, *la Guerra Civil*, y el pueblo asturiano, en esa época en que el hermano fué acérrimo enemigo del hermano, presenta acaso más que ninguno el espíritu de concordia, porque dominaba siempre allí el espíritu liberal. Sin embargo, las calles de la capital se cubrieron de sangre guerrera y hoy se conmemora la desgraciada suerte de los que sucumbieron allí víctimas de la libertad que habían jurado defender.

¿A qué más? Si en vez de arrojar una mirada sintética sobre las evoluciones históricas que marcan el caracter libre é independiente de los astures, hubiera recurrido á analizar uno por uno los rasgos de su historia, habría podido presentaros un cuadro elocuentísimo en el cual se destacarían, mucho más marcadamente estos dos sentimientos *de libertad é independencia* que tanto enaltecen á los pueblos.

Por último, nosotros los que tenemos la honra de empuñar las armas para ser los acérrimos defensores de la pátria, sentimos tan grande estimación por los astures que, á más de haberles levantado un altar en nuestras conciencias, nos gloriamos también de que la Providencia haya colocado su cuna en la falda de esas montañas inespugnables donde perecieron las tres grandes razas de conquistadores que han avasallado la tierra y que no supieron

avasallar ese rincón, cuales fueron, — como queda demostrado, — los *romanos*, los *árabes*, los *franceses*.

.....

.....

He dado fin á cuanto me propuse deciros sobre las portentosas hazañas llevadas á cabo por aquellos asturianos que, en toda época y circunstancias, dieron tan señaladas pruebas de valor é independencia.

Una pequeña observación para concluir voy á haceros que encuentro muy necesaria después de tantas citas y detalles; detalles singulares que he creído de necesidad aportar á fin de que, establecidas así verdades históricas, no quede duda alguna sobre los hechos culminantes que tuvieron lugar en la escarpada región de que me he ocupado tan extensamente.

Después de lo expuesto, creo deber añadir (y me parece estaréis muy conformes) que, si bién los hombres de nuestro suelo — sin provincia ni región determinada — poseen todos gran desprecio de la vida (y mucho más si esta última es necesaria para la salvación pátria), hay que convenir también en que la situación geográfica de nuestro país y las condiciones de su superficie por lo accidentado y fragoso, hacen que abriguen en su seno habitantes de carácter indómito é independiente, de igual suerte que toda nación asentada sobre llanuras, parece cual si fuere predestinada á vivir — hasta en su régimen político — bajo un yugo más ó ménos despótico. Sí: hay que creer á ojos cerrados la influencia cierta que ejerce la configuración del suelo en los destinos de los pueblos. Recorred para ello la historia, en sus períodos diversos, y vereis la Suiza, — el país más accidentado de Europa — que resulta *positivamente* el mas liberal: Rusia — el más llano — sigue regido por instituciones viejas cuyas raíces son difíciles de extirpar bajo la dura capa de sus heladas llanuras.

Es indudable, repito; todo país roto y fragoso ofrece guaridas más seguras y condiciones de combate más propicias para aquellos que se ven en la dura necesidad de rechazar *la fuerza con la fuerza*, cual así nos lo determina perfectamente el muy ilustrado general de ingenieros Sr. Arróquia en su brillante obra titulada «*El Terreno, los hombres y las armas en la guerra*».

Por eso las diferentes invasiones que tuvieron lugar en nuestro suelo, fueron vencidas y humilladas por el brazo popular levantado enérgicamente para romper las cadenas con que se les quería aherrojar. Por eso también sin las breñas de Asturias, es probable que no hubiéramos obtenido el brillante período de la reconquista. Por eso, en fin, sin nuestras clásicas guerrillas, útiles solo en nuestros montes tortuosos, tal vez no hubiéramos detenido la avalancha napoleónica.

Sí, sí: sin los retorcidos desfiladeros de La Carolina y Despeñaperros, no existiría un Bailén en el que *tan alto* pusimos nuestro nombre.

Hay que confesar, en conclusión, que es *el terreno* el *pentágono* donde se hallan escritas las notas históricas de los pueblos.—HE DICHO.

Villanueva de la Serena (Badajoz) 20 de Marzo de 1896.

